

Fiestas

populares

ASENSIO SAEZ

SALVANDO los riesgos de una «puesta al día» y es claro que los de aquellas actitudes promovidas por la «post-modernidad», los pueblos continúan descansando tan ricamente a la sombra de sus fiestas patronales.

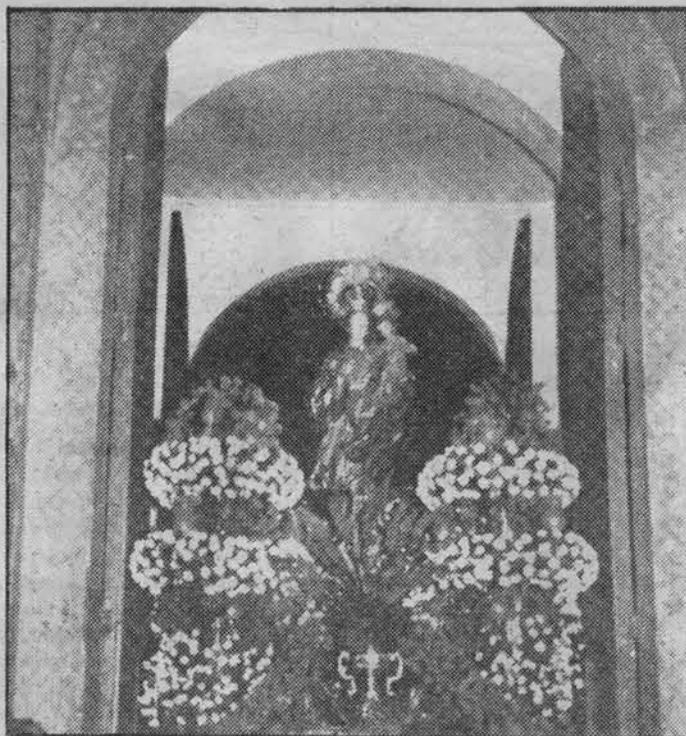
No se ha perdido todavía, va a ser difícil que se pierda, el sentido comunitario de «la fiesta», cuya convocatoria sigue aglutinando a grandes y pequeños, altos y bajos, partidarios de la Jurado y adictos de la Pantoja. «No existe un pueblo, una tribu, un clan, una religión, un grupo humano de cualquier género a lo largo de la historia —ha escrito Pilar Narviñ— que no haya tenido sus fiestas, su sentido profundamente arraigado a la fiesta».

Es evidente que a los festejos populares —cuidado: hemos escrito populares, que no populacheros—, a las fiestas promovidas y decantadas a través de muchos años por el pueblo, les acecha hoy el peligro de la uniformidad. La debilidad por lo foráneo, el mimetismo a lo tonto y, antes que nada, los medios de comunicación, tan necesarios y funcionales por otra parte, han acabado por hacer tabla rasa de aquellas peculiaridades «sui generis», consubstanciales a cada pueblo. El mismo programa de festejos, con la inclusión inevitable de Ana Belén y Víctor Manuel, vale hoy para el norte que para el sur. Idénticos patrones festeros sirven actualmente de apoyatura a los festejos de Villacandiles del Río que a los de Landete de Abajo.

De cualquier modo, el hombre continúa necesitando el pan de la fiesta. Es decir, la fiesta sigue. ¡Qué definitivo

espejuelo, qué atractivo tirón a favor del ánima un tanto pochá, el de una guirnalda de bombillas, el de una tira de banderolas de colorines, el de esa megafonía del carrusel festoneado de luces de colores, cuyo poder de convocatoria para sí quisiera más de un político de pro en vísperas de una campaña electoral! Mientras el muy respetable y circunspecto señor vestido de gris siga abriendo la boca ante los falsos estrellones de oro de un castillo de fuegos artificiales, mientras el ama de casa se deje embaucar por el vendedor de las almendras garrapiñadas o el de las palomitas de maíz y el niño continúe viajando ilusionadamente a lomos de una cebrá de cartón correspondiente a un modesto tióvivo, no estará todo perdido, palabra que no lo estará.

Columna vertebral, gentilísima, de las fiestas de los pueblos, abriéndose paso entre los viajes interplanetarios, el gancho discotequero, las falacias del televisor, la última «movida» y los miedos a la inseguridad ciudadana, las patronas, menudicas unas, buenas mozas otras, galanas todas, siguen centrando, como eje cordial, los distintos apartados de los programas de festejos populares. Continúa aún vigente, enmascarada alguna vez, nunca perdida, generadora de los mejores días del año frente al resto de las jornadas genesíacas del trabajo. ¿No radican aquí, en este tirón popular, las amorosas claves que un día decidieron a Alberti a ofrecer a María «la mejor casa, / la mejor, / si sois la Madre de Dios», o, más cerca de nosotros, a «Flugencio Cerriche» a piroppear a la Fuensanta como «esclavajo d'Hermosura», acaso uno de



Virgen del Rosario.

LA VERDAD

los requiebros que se vienen echando en falta en la letanía?

Otros versos, nacidos éstos en la garganta de un hombre del pueblo, fueron también un día ofrecidos a la Virgen del Rosario, Señora y Reina de la minería unionense:

**Cuando trabajo en la mina
yo me siento temerario,
que es la Virgen del Rosario
la que mi senda ilumina
para ganar mi salario.**

Del minero Eleuterio Andreu hablamos, maestro de la taranta, hoy ya sólo memoria cordial en la historia del cante de las minas.

A sabiendas de que, como Eleuterio, La Unión cuenta con su Patrona, llegado octubre la ciudad minera establece una amorosa comunicación con la Virgen del Rosario, imagen de «currículum» breve, sencillo —¡es tan joven todavía La Unión!—, desprovisto de aquellos deslumbramientos y prebendas inherentes a muchas otras Patronas que pueblan graciosamente la geografía mariana de la Región. Se ha dicho en alguna ocasión que en condiciones tales difícil le será a la Señora «competir» —permítansenos utilizar este lenguaje un tanto humano— con sus «hermanas» de la Región: Fuensan-

ta, de Murcia; Caridad, de Cartagena; Huertas, de Lorca; Purísima, de Yecla; Maravillas, de Cehegín... Todas ellas favorecidas por largos siglos de fervores y milagros. Circunstancia que en modo alguno resta una parte de fidelidad del unionense a su Patrona, tantas veces implicada en la pequeña historia ciudadana y, por supuesto, exaltada copiosamente en coplas y más coplas mineras. ¿Vale, como botón de muestra, la siguiente letra de Jorge Guillén?

**Minero de profesión,
en una mina trabajo.
No teme mi corazón
pues vela por mí en el tajo
la Patrona de La Unión.**

Ahora, llegado el siete de octubre, «sale la Virgen del Rosario a la calle, azul, rosa, con el poniente de la tarde sobre los hombros, cubriéndola amorosamente —prosa de María Cegarra Salcedo—. Se alegra el pueblo con una exaltación nueva... Se para la vida en una estampa de paz, de dicha remansada, porque la Virgen del Rosario va con nosotros, de paseo». Al pueblo, que no posee la pluma de Alberti, ni siquiera las facultades panochas de «Flugencio Cerriche», sólo le resta decirle: «Felicidades, guapa».

Un bello folleto sobre mesa-café

EDITADO por la Consejería de Industria, Comercio y Turismo, de la Comunidad Autónoma de Murcia, la mesa-café de La Unión cuenta desde ahora, como excelente medio de edificación, con un magnífico triplicado en el que se ofrece una completa panorámica de su historia y actividades. Entre sus amenos textos destaca el que nos da cuenta del origen de la popular tertulia literaria, allá por los años sesenta, «justamente en el reservado del popularísimo Bar Pagán, que s tanto como decir el descansillo del Parnaso o la trastienda de Larra».

En la sección denominada «Plabras en la sobremesa» se trata de la gastronomía local en cuyas apetecibles propiedades descansa la mesa-café, citándose, lógicamente, la nombrada «cena minera» que la tertulia ofrece generosamente en sus sesiones y en la que contó con un día la popular «torta minera» inventada por el barman Antonio Pagán, inventor asimismo del «periodismo de pizarra». Se citan «kaliolis y chirretes, embutidos del país, redondas tortillas como ojos de polifemo y es claro que la sabrosa presencia del popularísimo michirn vestido de hábito franciscano, color de chocolate, cuya piel deja asomar sus golosas blanduras harinosas por grietas y requebrajaduras». «Sumando la presencia de poetas, escritores, periodistas, médicos, políticos, estrellas cinematográficas, etc. —se añade más tarde—, el mantel de la tertulia unionense a cuyo frente figuran Antonio Sánchez Pérez, presidente, y Pascual García Mateos, como director, justifica con el café que, cerrando la cena minera es siempre servido, el rótulo que la bautiza: mesa-café precisamente».